
EL PROBLEMA DE LA COGNICIÓN ANIMAL COMO UN PROBLEMA DE LA FILOSOFÍA DE LA MENTE

OSCAR DAVID CAICEDO*
ANTONIO DIÉGUEZ LUCENA+

ABSTRACT. THE PROBLEM OF ANIMAL COGNITION
AS A PROBLEM OF THE PHILOSOPHY OF MIND

The debate around the possibility of other animals—in addition to humans—to manage with concepts and complex mental processes has always been linked to the development of cognitive sciences. This article addresses this topic by critically reviewing some of the mayor points in this debate, not only as a key issue in the current philosophy of biology, but as a major topic in the philosophy of mind.

KEY WORDS. Animal cognition, cognitive ethology, mental processes, anthropomorphism, concepts in animals, philosophy of biology, philosophy of mind.

1. INTRODUCCIÓN

¿Podemos cruzar la barrera interespecie y hablar de pensamiento en animales no humanos?, ¿pueden los animales no humanos tener pensamientos sin lenguaje? y, más aún, ¿podemos hablar de pensamiento conceptual en animales sin caer en el antropomorfismo extremo?

Hasta ahora, las respuestas que se ofrecen a estas preguntas no son concluyentes. Generalmente, tales respuestas se alternan con acusaciones de antropomorfismo, antropocentrismo y antroponegación. Mientras que el primero sugiere la posibilidad de atribuir capacidades psicológicas, sociales o normativas humanas a los animales no humanos, el antropocentrismo basa las explicaciones de tales capacidades en los animales tomando como medida o referencia de las mismas las capacidades cognitivas humanas. Por su parte, la antroponegación puede entenderse como el rechazo absoluto al antropomorfismo, incluso en sus variantes más débiles. Entre

* Profesor de la Universidad del Atlántico. / Miembro del Grupo de Investigación *Holosapiens* y del Círculo de Filosofía Científica y Pensamiento Crítico de Barranquilla, Colombia.
/oscarcaicedo@mail.unitalantico.edu.co

+ Catedrático de Lógica y Filosofía de la Ciencia de la Universidad de Málaga, España.
/dieguez@uma.es

los partidarios de la *antroponegación*, se pueden identificar a su vez a los escépticos que están particularmente preocupados por el antropomorfismo en dos tipos: los escépticos categóricos que piensan que la investigación sobre la cognición animal no puede ser buena ciencia, y los escépticos selectivos, que piensan que algunos tipos de atribuciones no están realmente justificadas. (Andrews & Huss, 2014).

En este artículo, se pretende abordar el debate sobre la posibilidad de atribuir procesos mentales complejos a animales no humanos. Las investigaciones en cognición animal están permitiendo arrojar luz sobre el difícil problema de qué tipo de pensamiento cabe atribuir a (ciertos) animales, si es que cabe atribuir alguno. Los resultados están apoyando cada vez con más fuerza las tesis de los que han defendido que no solo puede hablarse de pensamiento en los animales, sino que incluso algunos de ellos alcanzan el suficiente grado de abstracción en sus categorizaciones como para sostener que pueden formar conceptos. No obstante, como se verá, cualquier dilucidación de las nociones básicas que intervienen en esta cuestión, como las de pensamiento, creencia o concepto, están impregnadas de asunciones filosóficas que no pueden ser juzgadas exclusivamente desde consideraciones empíricas, lo que hará que la discusión sobre el genuino significado de la cognición animal siga generando debates encendidos.

2. CONTEXTO DEL PROBLEMA

El antropomorfismo se ha relacionado con la evidencia anecdótica del siglo XIX para explicar la continuidad entre los seres humanos y los animales no humanos. Ha habido, sin embargo, un resurgimiento reciente del interés en el antropomorfismo, atribuible en parte a dos acontecimientos: el aumento de estudios en etología cognitiva y los requisitos de las diversas formas para la aplicación de una ética ambiental (derechos de los animales, etc.). El primero, la investigación sobre la vida mental y el comportamiento de los animales, resurgió, desde la década del setenta del siglo pasado, con un nuevo énfasis en las experiencias mentales de los animales, sobre todo en su entorno natural, en el curso de su vida cotidiana. El paso de atribuir estados mentales a los animales no humanos ha sido polémico desde sus inicios. ¿Qué significa decir que un animal tiene acceso a sus propios pensamientos, y cómo se podría establecer experimentalmente a la verdad o falsedad de tal afirmación? (Mitchell, 2005). Una versión fuerte de antropomorfismo se encuentra en algunos defensores de la etología cognitiva que tienen como objetivo explicar los comportamientos de los animales no humanos apelando a los estados mentales similares a las que tomamos para explicar nuestro propio comportamiento. Además, están los “excepcionalistas humanos” y antropocentristas, como les llama Glock,

que se oponen a la idea del pensamiento animal o intentan trazar distinciones cualitativas entre humanos y otros animales.

El asunto es que la continuidad evolutiva no puede hacernos desconocer las diferencias que han surgido en el camino mismo de la evolución. De la continuidad biológica no se puede inferir que los demás animales deban necesariamente estar próximos a nuestras experiencias mentales. Como es sabido, pequeñas diferencias bioquímicas en el genotipo pueden dar lugar a grandes diferencias en el fenotipo.

Kayla Causey y David Bjorklund (Causey & Bjorklund, 2016), entre otros, sugieren que las principales diferencias entre los humanos y los demás animales están relacionadas principalmente con la habilidad de usar el lenguaje, de heredar cultura material con precisión (cfr. Caicedo, 2018) y de razonar científicamente. Mientras el resto de animales se adaptan para encarar los retos del ambiente, los humanos han logrado —para bien o para mal— adaptar el mundo para satisfacer sus necesidades. Si bien no parece haber mucho desacuerdo sobre la continuidad entre otros animales y los humanos en muchos aspectos, las discusiones científicas y filosóficas sobre la continuidad en los rasgos cognitivos están lejos del consenso.

La aproximación biológica al estudio de la inteligencia se caracteriza básicamente por adoptar dos principios generales. En principio, el estudio de la inteligencia desde una perspectiva biológico-evolutiva tiene un interés fundamental en comparar la inteligencia entre distintas especies animales; el método comparativo parece de nuevo fundamental. En segundo lugar, se toma como premisa que la inteligencia está organizada por módulos, en contraposición a una inteligencia más global o general. En este orden de ideas, las diferentes especies animales poseerían distintas inteligencias —diferentes módulos— en función de la presión recibida en los distintos nichos ecológicos y en función del desarrollo de diferentes estrategias de adaptación (Llorente, 2019).

Uno de los ejemplos que ofrecen los autores sobre la ruptura cognitiva entre humanos y otras especies es la autoconciencia. Aunque no parece problemático aceptar que algunas aves y mamíferos tengan un cierto grado de conciencia (recuérdese el test del espejo), es más complejo asegurar que alguna especie —a excepción de la humana— tenga autoconciencia en sentido pleno. Parece claro que los animales no son capaces de reflexionar sobre su propia condición de sujetos (sometidos a una ineludible temporalidad y caducidad) o sobre las particularidades más sutiles de sus procesos mentales, aunque sí que pueden tener un conocimiento rudimentario de su propia y peculiar individualidad, al menos en el aspecto corporal. Nos parece difícil imaginar que un perro, un gato e incluso un cuervo o un chimpancé *reflexionen* sobre su propia existencia y sus propios pensamientos (Morgado, 2017). Al respecto escriben Causey y Bjorklund:

Debido a que los humanos tienen la capacidad de reflexionar sobre experiencias pasadas, imaginar escenarios futuros y examinar necesidades y deseos actuales y futuros, pueden controlar los impulsos que resultan de sus propias representaciones del mundo y analizar las consecuencias a largo plazo de sus decisiones. De esta forma, los humanos cambiaron la naturaleza de las presiones selectivas al convertirse ellos mismos en una; así, desarrollaron su cognición social. Esta es una capacidad única del *Homo sapiens* (Causey & Bjorklund, 2016, pp. 42-43).

Hay que decir, sin embargo, que la ausencia de evidencia no es evidencia de ausencia. No contar actualmente con la certeza de que otras especies animales tengan autoconciencia –en los términos planteados en el párrafo anterior– puede deberse a múltiples factores, como por ejemplo, la barrera interespecie, la imposibilidad de los demás animales de verbalizar sus estados mentales (en el caso de que los posean), no disponer de las herramientas tecnológicas que permitan indagar empíricamente sobre tales estados mentales, o un posible error humano que vicie los experimentos conducentes a obtener tales evidencias.

3. ANIMALES CONCEPTUALES

En las aportaciones recientes sobre si los animales poseen conceptos, dos posiciones extremas relativas a las mentes animales son predominantes: una que sostiene que los animales no humanos no poseen conceptos ni creencias, puesto que carecen de lenguaje y, por tanto, no pueden tener actitudes proposicionales, y otra que afirma que algunos sí tienen la capacidad de poseer tanto conceptos como creencias y que ello se ha podido establecer empíricamente gracias a los estudios de cognición animal, y particularmente por la etología cognitiva. Lo cual significa que no sería necesaria la posesión de lenguaje para tener un cierto grado de pensamiento conceptual. Cabría añadir algunas posiciones intermedias y también una posición deflacionista que niega que la discusión en este asunto vaya más allá de una disputa sobre el significado de ciertos términos, entre ellos, el propio término ‘concepto’ (Toribio, 2010). Por si estas discrepancias fueran pocas, hay también quien, basándose precisamente en los desacuerdos a la hora de entender qué son los conceptos, ha propuesto prescindir de dicha noción (Machery, 2009).

Esta cuestión es la base de una intensa controversia interdisciplinaria: el interés de los filósofos en esta materia se deriva principalmente de la arraigada convicción de que los conceptos son un factor clave que distingue al ser humano de los animales no humanos. Esta diferencia cognitiva ha sido tradicionalmente explotada, además, para justificar distinciones importantes en el comportamiento moral de los seres humanos en comparación con la de otros animales y en el trato que debe darse a estos. Por su

parte, psicólogos (así como los filósofos de la mente) buscan conocer cómo funciona la mente humana y cómo se diferencia de la de otros animales. Los lingüistas (así como los filósofos del lenguaje) pretenden investigar si la capacidad de formar conceptos y creencias se limita a los seres humanos y si esta capacidad puede ser vista como la base para el conocimiento de las lenguas. Los investigadores de la conducta animal y de la cognición animal apuntan a la comprensión de los procesos causales subyacentes en las capacidades cognitivas sorprendentes de ratas, pájaros y monos, y tienen por objeto aclarar cómo estos procesos causales se relacionan con las capacidades cognitivas humanas. Todos estos enfoques presuponen una cierta noción de “concepto” y a menudo conducen a diferentes reclamaciones relativas a una pregunta clave: ¿Los animales no lingüísticos poseen conceptos y creencias? (Newen & Bartels, 2003).

Mariela Aguilera (2011) ha señalado la que podría ser una causa importante de las discrepancias en este debate. Los etólogos cognitivos se centran en establecer criterios necesarios para atribuir conceptos a los animales, criterios que sean sobre todo útiles en sus estudios empíricos, y suelen encontrar casos que encajan en esos criterios, mientras que los críticos tienden a basarse más bien en los trabajos de los psicólogos que tratan de definir la noción de concepto, tomando las capacidades representacionales del ser humano como el caso modelo.

Un aspecto central en la discusión, como hemos señalado, ha sido si la posesión de lenguaje es un requisito imprescindible para la formación de conceptos. Muchas criaturas no lingüísticas se comportan de tal manera que parecen requerir el tratamiento de seres pensantes. Pero, por otro lado, realmente no tenemos ninguna manera de atribuir pensamientos a las criaturas no lingüísticas que no sea por la cruda analogía de la atribución de pensamientos a los seres humanos que utilizan el lenguaje.

A causa de la conexión íntima que existe entre el dominio del lenguaje y el manejo de conceptos en los seres humanos, algunos niegan que los conceptos puedan ser atribuidos a otros animales. Donald Davidson quizá sea el autor más citado y reconocido de quienes niegan que los animales sin lenguaje sean capaces de algún tipo de creencia o de pensamiento conceptual.

Esta idea de que sin lenguaje plenamente desarrollado es imposible hablar propiamente de mente y no se dispone de algo que pueda llamarse pensamiento, está bastante arraigada en la historia del pensamiento y en la opinión general (Diéguez, 2014). Según dicha idea, si no se posee un lenguaje complejo que sea capaz de someterse a las reglas sintácticas que proporcionen orden y estructura, no se puede hablar de mente y/o procesos mentales. En otras palabras, si bien la mente no es un producto exclusivo del lenguaje, solo se podría tener plena seguridad de la existencia de procesos mentales en animales con capacidad lingüística.

Para Davidson, es necesario que un organismo tenga ya el concepto de creencia para que pueda tener creencias, lo que lleva implícito que pueda discernir entre la verdad y el error de tales creencias, pues el concepto de creencia alberga la posibilidad de que estas sean verdaderas o falsas. Considera que tal organismo debe hacer parte de una comunidad de habla, esto es, poseer y ser capaz de interpretar un lenguaje (Diéguez, 2012).

Así, escribe Davidson:

Para que una persona crea que está viendo un gato, debe saber qué es un gato, qué es ver, y sobre todo, debe reconocer la posibilidad, por muy remota que sea, de que se puede estar equivocado. Algunos suponen que los perros pueden tener una creencia aislada, pero creo [...] que los perros no tienen creencias o cualquier otra cualidad proposicional. No hacen juicios. [...] La razón por la que ni los perros o cualquier otra criatura puedan tener creencias aisladas, tales como estar viendo un gato, es que lo que identifica a una creencia, es lo que en términos generales llamamos un contenido proposicional. Así, para tener una creencia sobre un gato, se deben dominar los conceptos que estén implicados en el juicio o creencia (Davidson, 1999a, p. 8).

Desde este punto de vista entonces, no puede haber creencias (ni pensamiento, desde luego) si no se tiene con antelación el concepto mismo de estas, lo que lleva a su vez a la exigencia de tener la capacidad de usar y entender un lenguaje. El lenguaje es así un requisito indispensable para el pensamiento.

Mi tesis no es entonces —escribe Davidson en “Rational animals”— que la existencia de cada pensamiento dependa de la existencia de una oración que exprese ese pensamiento. Antes bien, mi tesis es que una criatura no puede tener un pensamiento a menos que tenga un lenguaje. Para ser una criatura racional pensante, esa criatura debe ser capaz de expresar muchos pensamientos, pero sobre todo, ser capaz de interpretar el habla y los pensamientos de los demás (Davidson, 1982, pp. 322-323).

Con el objetivo de mostrar que para tener creencias es necesario tener el concepto de creencia, Davidson acude al *factor sorpresa*. La sorpresa, escribe, “requiere que yo sea consciente de un contraste entre lo que yo creía y lo que he llegado a creer. Este conocimiento, sin embargo, es una creencia acerca de una creencia: si me sorprende, entonces, entre otras cosas llego a creer que mi creencia original era falsa” (Davidson, 1982, p. 326). La sorpresa requiere creencias acerca de la corrección de las creencias propias: “Creí que había llegado tarde, pero al ver mi reloj noté que llegué a tiempo”. Sorprenderse implica tener creencias acerca de las creencias.

Sin embargo, si Davidson estuviese en lo cierto, habría que negarles a los niños menores de un año, que no tengan lenguaje, no solo la posesión de creencias y deseos, sino también de diversos estados intencionales

(Diéguez, 2012b). Es esta la razón por la que Davidson afirma que “hay un gran problema en saber cómo describir los estados mentales de un niño que solo está parcialmente metido en el lenguaje y el tipo de pensamiento que encaja con ellos” (Davidson, 1999b, p. 305). Es más, para Davidson, tanto en niños en etapa de desarrollo prelingüística como en animales no humanos, no hay algo que pueda ser llamado propiamente pensamiento.

Elizabeth Spelke (Spelke, 1990; 1994; 1998; Spelke & Tsivkin, 2003) y su grupo de investigadores, después de varios años trabajando con niños recién nacidos y con pocos meses de edad, han concluido que estos pueden realizar inferencias de cierta complejidad acerca del comportamiento físico de los objetos. Su equipo ha logrado identificar algunas expectativas inherentes en los bebés de tan solo una o dos semanas, midiendo el tiempo que miran una escena en la que esas expectativas fueron o no satisfechas. Cuando las expectativas no se cumplen, los bebés experimentan un sentido de sorpresa y asombro. Aunque carecen de lenguaje —y por tanto de conceptos y pensamientos según Davidson— los niños parecen tener algunas ‘creencias’ sobre el mundo. Antes de tener un año de edad, ellos saben lo que es un objeto: una unidad física concreta en la que todas las partes se mueven más o menos como una sola, y con cierta independencia de otros objetos.

Si tomo la esquina de un libro que está sobre la mesa, los niños esperan que el resto del libro se venga conmigo, pero no la mesa. Si se muestra a un bebé una secuencia del truco en el que una barra que parece ser sólida se mueve hacia atrás y adelante detrás de otro objeto, el bebé abrirá su boca con asombro cuando se elimine dicho objeto y la barra resulte ser dos fragmentos. Los bebés saben, también, que los objetos no pueden ir a través de límites sólidos u ocupar la misma posición que otros objetos, y que los objetos en general, viajan por el espacio en una trayectoria continua. Los bebés y niños pequeños usan pistas geométricas para orientarse en el espacio tridimensional, navegar a través de las habitaciones y localizar tesoros ocultos. Al mismo tiempo, los resultados de las investigaciones sugieren que los niños pequeños son bastante malos en el uso de puntos de referencia o una decoración para encontrar un camino. No es hasta los cinco o seis años que comienzan a aumentar las estrategias de búsqueda de pistas como ‘ella ocultó mi juguete en una esquina cuya pared izquierda es de color azul en lugar de rojo’.

Estos módulos mentales básicos —representación de objetos y de navegación geométrica— son sistemas compartidos, al menos en parte, con otros animales; por ejemplo, las ratas también navegan por un laberinto a través de la forma, pero no del color.

El control mutuo de la atención y la asignación de recursos en actividades sociales coordinadas no requiere la intervención del lenguaje. La coordinación requiere un grado de comunicación, pero esta comunicación

puede ser perfectamente no simbólica y, por tanto, no lingüística. Es bien sabido, por ejemplo, que los bebés humanos se comprometen a partir de una edad muy temprana en períodos sostenidos de actividad coordinada con sus cuidadores. Este proceso es denominado por el psicólogo evolucionista Daniel Stern (1991) como “sintonía afectiva”. Es un proceso de explorar y comunicar estados emocionales a través de cambios en la expresión facial, vocalizaciones y el gesto.

Que los animales puedan discriminar basándose en diferentes estímulos recibidos no puede tomarse como razón suficiente para atribuirles conceptos. Si fuera así, y teniendo en cuenta que prácticamente todos los seres vivos pueden hacerlo (pueden distinguir, por ejemplo, entre depredador/presa o nutritivo/tóxico), tendríamos que atribuir generosamente a todos los organismos la posesión de conceptos, con lo que la noción misma de ‘concepto’ quedaría vacía de contenido (Diéguez, 2014).

Por lo tanto, aunque está claro que las categorizaciones por sí solas no son propiamente conceptos, parece que los conceptos que manejamos los adultos son un enriquecimiento en el contenido de esas categorizaciones básicas, donde el lenguaje, aunque no indispensable, sí es de gran ayuda.

Una clarificación interesante en este sentido es la que hacen Lazareva y Wasserman (2017). Después de señalar que las definiciones operacionales de la noción de concepto están desempeñando un papel creciente en los estudios empíricos sobre conceptos en animales, ellos proponen esta caracterización:

[U]n organismo exhibe un comportamiento conceptual si puede aprender a responder de manera similar a los miembros de una clase y a responder de manera diferente a los miembros de otra clase, así como a transferir estas respuestas diferentes a miembros nuevos discriminablemente distintos de estas clases.

Por su parte, Newen y Bartels (2007, p. 295), añaden algunas características más. Las “representaciones conceptuales”, escriben, “deben tener al menos tres rasgos: (1) la capacidad para identificar y reidentificar objetos y propiedades, (2) la (relativa) independencia de los estímulos, y (3) el hecho de que un nivel adecuado de abstracción esté implicado en la clasificación”.

Algunos investigadores (Vauclair, 2002) han estudiado en detalle las clasificaciones y categorizaciones hechas por primates no humanos, prestando especial atención no a la mera discriminación, sino a la posible capacidad de formar clases asociativas en las categorizaciones, lo que implica cierto nivel de abstracción, en comparación a la categorización puramente perceptiva. Los babuinos, por ejemplo, clasifican entre cosas comestibles y no comestibles, clasificación que pueden lograr incluso mediante imágenes. Más aún, no solo clasifican una manzana como similar a otra manzana por su forma o color, sino que la clasifican como similar a un plátano al ser

ambos alimentos. La discusión en estos casos está, sin embargo, en si es posible que tales animales lo logren basándose en ciertas percepciones que no puede percibir el experimentador (Diéguez, 2014). En todo caso, un creciente número de experimentos sugieren que algunos animales pueden formar, aunque sea con dificultad y en un bajo nivel, conceptos abstractos de tipo relacional y funcional, es decir, conceptos que van más allá de las propiedades directamente perceptibles y que se basan en las relaciones entre estímulos, como, por ejemplo, serían los conceptos de “simétrico” o de “identidad” (diferente/igual) (cfr. Lavzareva & Wasserman 2017).

Hay resultados muy interesantes al respecto. Seis orangutanes (*Pongo abelii*) de diferentes edades debían clasificar por medio de una pantalla táctil, fotografías de orangutanes frente a otras con imágenes de diversos tipos de primates, fotografías de primates frente a fotografías de no-primates, y fotografías de animales frente a otras de no-animales. Cada nivel requería un nivel mayor de abstracción. Al final, los orangutanes tuvieron más dificultad en el nivel tres (imágenes de animales frente a no animales). En el nivel dos (imágenes de primates frente a imágenes de no primates), sus resultados fueron buenos. Los resultados sugieren que los orangutanes pueden aprender conceptos en cada nivel de abstracción; la mayoría de estos sujetos aprendieron rápidamente la discriminación de nivel intermedio (Vonk & MacDonald, 2004). Sin embargo, los investigadores reconocen no obtener conclusiones definitivas pues es imposible determinar si el aprendizaje de la discriminación anterior interfirió o facilitó el aprendizaje de la discriminación más abstracta.

Dos años antes de esta prueba, ya se había realizado una similar con una joven gorila en cautiverio del zoológico de Toronto de nombre Zuri. En el experimento también diseñado por Jennifer Vonk y Suzanne MacDonald (Vonk & MacDonald, 2002), Zuri fue capaz de clasificar fotografías de seres humanos frente a otras con gorilas y orangutanes, incluyendo acertadamente la fotografía de un gorila albino entre las de los gorilas. Esta clasificación, sin embargo, podría estar basada en rasgos perceptivos. Pero Zuri también fue capaz de clasificar correctamente con criterios más abstractos fotografías de animales frente a fotografías de no animales, y fotografías con imágenes de animales frente a imágenes de alimentos. Los resultados fueron más pobres al clasificar de acuerdo al nivel intermedio de abstracción. Sugieren Vonk y MacDonald, aunque tampoco de manera concluyente, que en los gorilas la categorización tiene una base conceptual y no solo perceptiva.

Tal parece que lo importante es el grado de abstracción en la capacidad discriminatoria, esto es, la capacidad para clasificar objetos no basándose simplemente en las propiedades perceptivas, sino en las propiedades funcionales o relacionales de los objetos.

En este extremo del debate sobre los procesos mentales animales, se encuentran los que afirman que los pensamientos de los animales difieren de los pensamientos humanos sólo en grado, esto debido a sus diferentes entradas perceptivas. Como dice H.J. Glock, las ostras, por ejemplo, no tienen pensamientos sobre bicicletas, simplemente porque no pueden percibir las bicicletas. Glock (2015) resalta además una posición intermedia entre los extremos *diferencialistas* (que niegan todo tipo de pensamiento animal) y *asimilacionistas* (que ponen el pensamiento de los animales a la par con el pensamiento humano). Una coalición algo rara entre el sentido común y Wittgenstein: los animales son capaces de tener pensamientos de un tipo sencillo, es decir, aquellos que se pueden expresar en la conducta no lingüística.

Oponiéndose a la posición de Davidson, Glock se decanta por una variedad de esta posición intermedia: "Podemos adscribir pensamientos y conceptos a los animales, pero estos quedan restringidos a un tipo simple, ya que solo los pensamientos simples pueden ser manifestados identificablemente en un comportamiento no lingüístico" (Glock, 2009, p. 83). Considera que hay un género de pensamiento perceptivo que no requiere conceptos y que la posesión de estos no está ligada al lenguaje, sino a la capacidad de hacer discriminaciones que estén sujetas a evaluación normativa. "El comportamiento de las criaturas no lingüísticas no es siempre explicable únicamente haciendo referencia a los imperativos biológicos inmediatos" (p. 122), por lo que Davidson se equivoca, según Glock, cuando sostiene que las criaturas no lingüísticas solo tienen disposiciones y carecen de capacidades. En efecto, tanto los bebés humanos como los primates superiores son capaces de actuar voluntariamente, pues pueden abstenerse de llevar a cabo una acción particular, ya sea buscando conseguir su objetivo de otro modo o renunciando a él.

De este modo, la posición intermedia asumida por Glock no requiere que la posesión de conceptos dependa necesariamente de la posesión de lenguaje, sino más bien de un comportamiento discriminatorio lo suficientemente complejo y flexible como para estar sujeto a valoración normativa.

Tal posición considera que no existe razón que nos obligue a afirmar que los animales no pueden poseer conceptos. Además, incluso en caso de haberla, no es suficiente como para negarles la posibilidad de tener pensamientos, dado que son posibles las creencias de tipo perceptivo. El que los animales tengan o no conceptos de tipo simple, según Glock, no depende de la posesión de lenguaje, sino de hasta qué punto sus discriminaciones están gobernadas por reglas y sean, de este modo, intencionales.

Sea cual sea la posición que se adopte sobre el tipo de conceptos que pueden formar los animales no humanos y el modo en que los forman, sean lo rudimentarios y simples que sean estos conceptos, y lo distantes que estén de los nuestros, lo innegable es que, pese a las objeciones de

los escépticos (por ejemplo, Penn, Holyoak & Povinelli, 2008), hay indicios para sostener que, en efecto, algunos animales poseen esa capacidad. En la revisión actualizada que realizan Lazareva y Wasserman sobre los experimentos más importantes realizados hasta el momento, algunos de los cuales fueron expresamente diseñados para evitar las objeciones previas, su conclusión es clara:

La extensa evidencia que hemos revisado aquí apoya firmemente la conclusión de que los conceptos no son exclusivos de los seres humanos. Los animales no humanos también forman conceptos basados en la similitud perceptiva entre sus miembros clasificando los objetos en categorías de nivel básico y categorías de nivel subordinado. Además, los animales no humanos parecen sentir la estructura perceptiva de su entorno, viendo a los miembros de categorías de nivel básico (como humanos o árboles) como más similares entre sí que a los miembros de otras categorías. Los animales no humanos pueden clasificar objetos en categorías superiores no basadas en similitudes, cambiando de manera flexible desde el nivel básico de categorización a la categorización de nivel superior. Incluso la capacidad de formar conceptos abstractos basados en la relación entre estímulos no es exclusivamente humana; los animales no humanos pueden responder a relaciones de primer orden e incluso de segundo orden entre estímulos (Lazareva & Wasserman 2017, p. 133).

Dicho esto, también hay que admitir que la aceptación de que los animales forman y manejan conceptos no debería llevar a concluir que son capaces de un pensamiento conceptual abstracto análogo al del ser humano. Como bien señalan Lars Chittka & Keith Jensen (2011, p. R118), “Debido a la proximidad del término ‘concepto’ a ‘pensamiento abstracto’, debemos tener cuidado de no concluir demasiado rápidamente que el cumplimiento de los requisitos previos básicos de la formación de conceptos es indicativo de la gama completa de fenómenos cognitivos que acompañan al pensamiento conceptual en los seres humanos”. Es evidente que hay niveles del pensamiento abstracto que solo son accesibles mediante un uso sofisticado del lenguaje, que solo está al alcance de los seres humanos.

Otro asunto es la capacidad de razonar y comprender la causalidad detrás de los fenómenos más simples, la cual presupone la capacidad para el manejo de conceptos. Algunos investigadores (Call, 2006; Tomasello, Call, & Hare, 2003), han obtenido algunas conclusiones al respecto. Los simios (y posiblemente otros animales) son en realidad bastante buenos en la comprensión y el razonamiento acerca de ciertas propiedades físicas del mundo, mientras que al mismo tiempo son bastante malos al asociar estímulos arbitrarios y respuestas. En otras palabras, si dos estímulos tienen una conexión causal (como cuando el alimento suena dentro de una taza al sacudirlo), los simios obtienen mejores resultados que si los estímulos tienen una relación arbitraria (como cuando un ruido sin relación indi-

ca alimento). Además de la capacidad de decidir sobre fenómenos físicos, argumenta Call que los monos (y otros animales) también tienen algún acceso a la comprensión de problemas. Tienen capacidad metacognitiva que les permite saber que saben o no saben algo: los monos *rhesus*, como los delfines, saben cuándo no están seguros de algo o cuando lo han olvidado. Los chimpancés saben cuándo no han visto algo determinado con anterioridad, cuándo sus compañeros han visto o no algo y saben además cuándo están seguros o no de algo. De este modo, cree Call que el razonamiento y la reflexión no pueden ser los bastiones de la unicidad humana, como pretendía Descartes. Más bien, estas habilidades pudieron haberse desarrollado (o coevolucionado) en otros animales también porque ello les permite solucionar problemas en el mundo de una manera más eficiente.

Algunos señalan que, si bien los animales pueden tener representaciones mentales, estas no tienen el carácter de representaciones abstractas desvinculadas de la situación que las suscita. Son este tipo de representaciones las que permiten a los humanos la planificación a largo plazo, facultad de la que carecerían los demás animales. Sin embargo, existe evidencia de que los bonobos y orangutanes transportan los elementos adecuados que posteriormente utilizarán para alcanzar la comida. En un experimento muy revelador, Mulcahy y Call entrenaron a varios de estos simios para que aprendieran a alcanzar unas uvas con distintas herramientas. Una vez que hubieron aprendido, los sometieron al siguiente desafío: les ofrecieron diferentes instrumentos, unos adecuados y otros inadecuados para obtener las uvas y les hicieron esperar en otra habitación (durante una hora en un experimento y durante catorce en otro) antes de volver a donde estaba el dispositivo con las uvas. Tras varios ensayos, en más de la mitad de los casos llevaban un instrumento adecuado a la habitación de espera para utilizarlo después (Mulcahy & Call, 2006). Esta capacidad para conservar y transportar elementos que luego emplearán, puede interpretarse como una capacidad para planear con antelación el desarrollo de una tarea futura.

En el mismo sentido, un equipo de investigadores dirigidos por Elisabetta Visalberghi (Visalberghi & Fragaszy, 2013), documentó cómo un grupo de monos capuchinos utilizan piedras para cascar nueces previamente seleccionadas por estos 'sabiendo' cuál es la mejor para cada trabajo. Toman varias piedras y las van probando hasta decidirse por la más pesada, la cual es la más resistente para abrir las nueces de palma. En el mismo sentido puede interpretarse la evidencia obtenida por Jill Pruetz y Paco Bertolani (Pruetz & Bertolani, 2007) de que un grupo de chimpancés de Fongoli prepara lanzas que posteriormente serán utilizadas para la caza de primates más pequeños.

Otro tópico importante cuando se habla de procesos mentales en animales no humanos es la capacidad, no solo de detectar los errores y corre-

girlos, sino también de evitarlos. En un experimento realizado con siete gorilas, ocho chimpancés, cuatro bonobos y siete orangutanes, Josep Call (2010) examinó que estos no solo detectan y corrigen sus errores, sino que, además, detectan cuando es importante no estar equivocados. El experimento básicamente consistió en colocar dos tubos, uno con comida y otro sin ella (o con comida no muy apetitosa). A los simios se les permitía hacer solo una elección; si acertaban se quedaban con la comida. Los resultaron arrojaron que, cuando la comida era muy apetitosa para ellos, por ejemplo, una banana, los simios miraban el interior del tubo varias veces para constatar su presencia aun cuando poco tiempo antes habían visto al experimentador meterla, acción que no hacían cuando la comida no era de mucho agrado, por ejemplo, una lechuga.

La toma de decisiones en grandes simios, sugiere este estudio, no es muy diferente de la nuestra cuando poco tiempo antes de viajar, por ejemplo, constatamos varias veces tener los documentos en regla para tal efecto, aun cuando ‘estamos seguros’ de llevarlos completos (Call, 2010).

Los nuevos resultados —escribe Call— ...sugieren que los animales no humanos pueden poseer algunas habilidades metacognitivas [...] Por lo menos, los hallazgos actuales deberían servir para desafiar a los defensores de la posición contraria a producir un nuevo conjunto de explicaciones no metacognitivas que den cuenta de los resultados actuales (Call, 2010, pp. 699 y 670).

Este dilema sobre si los demás animales, principalmente los primates, son capaces de procesos mentales, podría resumirse en optar por una de dos posiciones opuestas: la *economía cognitiva* sustentada en el Canon de Morgan y la *economía evolutiva*. La primera, sugiere no invocar procesos mentales superiores si un fenómeno puede explicarse a través de procesos inferiores (el condicionamiento, por ejemplo, podría reemplazar la intencionalidad). La economía evolutiva, por su parte, otorga importancia a la filogenia compartida. Considera que si dos especies con un vínculo de parentesco cercano se comportan de la misma forma, es muy probable que los procesos mentales subyacentes sean los mismos. Pero, si no tenemos mayor problema en asumir que un posible comportamiento similar de un chacal, un coyote y un lobo puede ser ocasionado por las mismas causas, ¿por qué buscar causas diferentes cuando ello ocurre entre bonobos, chimpancés y humanos? (de Waal, 2007).

El detalle podría estar en que una genealogía común no significa que no haya diferencias cualitativas entre los rasgos exhibidos por especies relacionadas. El lenguaje simbólico marca una diferencia considerable entre nosotros y otros animales, incluso los más próximos en parentesco a nosotros.

Si tenemos en cuenta la relación de proximidad evolutiva que une a los seres humanos y los chimpancés, no es absurdo pensar que los parale-

lismos externos del comportamiento tengan sus equivalentes internos; es decir, que existen algunos aspectos compartidos entre especies en los mecanismos biológicos que gobiernan el comportamiento y en la experiencia subjetiva correspondiente. Expresiones faciales, movimientos y la postura adoptada que acompaña ciertos comportamientos en los chimpancés, por ejemplo, refuerzan esta conjetura (Wright, 2007). Pero nuestras conclusiones sobre tales paralelismos deben estar guiadas y justificadas por la evidencia de que existen mecanismos causales similares responsables de generar los comportamientos aparentemente similares que se observan. Si la evidencia, analizada críticamente proporciona las pruebas, no debería haber mayor problema en usar el mismo lenguaje descriptivo para dar cuenta de ciertos comportamientos en seres humanos y otros animales, sobre todo los más cercanos en parentesco.

4. CONCLUSIONES

Las ciencias cognitivas se han convertido en una fuente inagotable para el debate filosófico. La filosofía de la biología y la filosofía de la mente (en particular) se siguen informando, cada vez con más fuerza y regularidad, de los resultados científicos experimentales en torno al comportamiento y los procesos mentales subyacentes.

En las últimas décadas, los estudios sobre cognición animal están permitiendo arrojar luz sobre el difícil problema de qué tipo de pensamiento cabe atribuir a (ciertos) animales, si es que cabe atribuir alguno. Los resultados están apoyando cada vez con más fuerza las tesis de los que han defendido que no solo puede hablarse de pensamiento en los animales, sino que incluso algunos de ellos alcanzan el suficiente grado de abstracción en sus categorizaciones como para sostener que pueden formar conceptos. No obstante, cualquier dilucidación de las nociones básicas que intervienen en esta cuestión, como las de pensamiento, creencia o concepto, están impregnadas de asunciones filosóficas que no pueden ser juzgadas exclusivamente desde consideraciones empíricas, lo que hará que la discusión sobre el genuino significado de la cognición animal siga generando debates encendidos. Lo importante es que estos debates se basen en buenos argumentos y en buenos datos empíricos, porque, como ha señalado Glock (2009, p. 63), existe el peligro de que las posiciones que se adopten en él obedezcan más bien al deseo de que a los animales se les conceda o no un determinado trato moral o legal.

Como hemos sugerido, en los debates sobre cognición animal, el problema de atribuir conceptos, creencias y deseos a los demás animales es bastante habitual. El debate específico sobre la atribución o no de pensamientos y conceptos a los animales no lingüísticos —igual que el debate

sobre concederles o negarles intencionalidad— divide las opiniones, no solo de los científicos, sino también de los filósofos.

La comprensión de la relación entre los humanos y demás animales con respecto a la cognición ayudará a dejar claro el papel omnipresente de modelos animales en áreas de la ciencia cognitiva tales como la neurociencia. Implícito en el uso de algunas especies de primates para el estudio del comportamiento, está no solo el reconocimiento de nuestro parentesco evolutivo con estas especies, sino el impulso de seguir poniendo en entredicho la excepcionalidad de ciertas cualidades humanas que nos separaban irremediabilmente de otras especies animales.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilera, M. (2011). "Conceptos animales: teorías psicológicas, pluralismo y división de problemas". *Revista Argentina de Ciencias del Comportamiento* 3(1): 1-11.
- Andrews, K., & Huss, B. (2014), "Anthropomorphism, anthropectomy, and the null hypothesis". *Biol Philos* (29): 711-729.
- Caicedo, O. (2018), *La cultura naturalizada. Hacia un concepto de cultura desde la filosofía de la biología*. Barranquilla: Sello Editorial Uniatlántico.
- Call, J. (2006), "Descartes' two errors: Reason and reflection in the great apes". En S. Hurley, & M. Nudds, *Rational Animals?* (pp. 219-234). Oxford: Oxford University Press.
- Call, J. (2010), "Do apes know that they could be wrong?" *Animal Cognition* (13): 689-700.
- Causey, K., & Bjorklund, D. (2016), "La evolución de la cognición". En V. Swami, *Psicología evolucionista. Una introducción crítica* (pp. 42-83). México: Fondo de Cultura Económica.
- Chittka, L. y K. Jensen (2011), "Animal Cognition: Concepts from Apes to Bees". *Current Biology* 21(3): R116-R119.
- Davidson, D. (1982), "Rational animals". *Dialectica* 36(4): 317-327.
- Davidson, D. (1999a), "The emergence of thought". *Erkenntnis* 51(1): 7-17.
- Davidson, D. (1999b), "Reply to Simon J. Evnine". En L. Hanh, *The Philosophy of Donald Davidson* (pp. 305-310). Chicago: Open Court.
- de Waal, F. (2007), "Seres moralmente evolucionados". En F. de Waal, *Primates y filósofos. La evolución de la moral del simio al hombre* (pp. 23-111). Barcelona: Paidós.
- Diéguez, A. (2012), "¿Pueden pensar los animales?" En J. Martínez, & A. Ponce, *Darwin y el evolucionismo contemporáneo* (pp. 313-326). México: Siglo XXI.
- Diéguez, A. (2012b), *La vida bajo escrutinio. Una introducción a la filosofía de la biología*. Barcelona: Biblioteca Buridán.
- Diéguez, A. (2014), "Pensamiento conceptual en animales". En A. Diéguez & J. Atencia, *Naturaleza animal y humana* (pp. 83-114). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Glock, H.-J. (2009), *La mente de los animales: problemas conceptuales*. Oviedo: KRK.
- Lazareva, O. F. & E. A. Wasserman (2017), "Categories and concepts in animals". En J.H. Byrne (ed.), *Learning and Memory: A Comprehensive Reference*, 2nd edition, Volume 1, (pp. 111-139). Boston: Academic Press.
- Llorente, M. (2019), *Primates. Biología, comportamiento y evolución*. Barcelona: Lynx Edicions.
- Machery, E. (2009), *Doing Without Concepts*. Oxford: Oxford University Press.
- Mitchell, S. (2005), "Anthropomorphism and cross-species modeling". En L. Daston, & G. Mitman, *Thinking with Animals: New Perspectives on Anthropomorphism* (pp. 100-117). New York: Columbia University Press.
- Morgado, I. (2017), *Cómo percibimos el mundo. Una exploración de la mente y los sentidos*. Bogotá: Ariel.
- Mulcahy, N., & Call, J. (2006), "Apes save tools for future use". *Science* (312): 1038-1040.
- Newen, A., & Bartels, A. (2003), "Animal minds and the possession of concepts". *Philosophical Psychology* 3(20): 283-308.
- Penn, D.C., Holyoak, K.J. & Povinelli, D.J. (2008), "Darwin's mistake: Explaining the discontinuity between human and nonhuman minds". *Behavioral and Brain Sciences* 31: 109-178.
- Pruetz, J., & Bertolani, P. (2007), "Savanna chimpanzees, *Pan troglodytes verus*, hunt with tools". *Current Biology* 17(5): 412-417.

- Spelke, E. (1990), "Principles of object perception". *Cognitive Science* (14): 29-56.
- Spelke, E. (1994), "Initial knowledge: six suggestions". *Cognition* (50): 431-445.
- Spelke, E. (1998), "Nativism, empiricism, and the origins of knowledge". *Infant Behavior and Development* 2(21): 181-200.
- Spelke, E., & Tsivkin, S. (2003), "Initial knowledge and conceptual change: space and number". En M. Bowerman, & S. Levinson, *Language Acquisition and Conceptual Development* (pp. 70-97), Cambridge: Cambridge University Press.
- Stern, D. (1991), *El mundo interpersonal del infante: una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología evolutiva*. Barcelona: Paidós.
- Suntsova, M.V. & Buzdin, A.A. (2020), "Differences between human and chimpanzee genomes and their implications in gene expression, protein functions and biochemical properties of the two species". *BMC Genomics* 21: 535. <https://doi.org/10.1186/s12864-020-06962-8>.
- Tomasello, M., Call, J., & Hare, B. (April de 2003), "Chimpanzees understand psychological states - the question is which ones and to what extent". *Trends in Cognitive Science* 4(7): 153-156.
- Toribio, J. (2010), "The animal concepts debate: a metaphilosophical take". *Teorema* 29(2): pp. 11-24.
- Vauclair, J. (2002), "Categorization and conceptual behavior in non-human primates". En M. Bekoff, & G. Burghardt, *The Cognitive Animal. Empirical and Theoretical Perspectives on Animal Cognition* (pp. 239-245). Cambridge: The MIT Press.
- Visalberghi, E., & Fragaszy, D. (2013), "The Etho-Cebus Project: Stone-tool use by wild capuchin monkeys". En C. Sanz, J. Call, & C. Boesch, *Tool Use in Animals: Cognition and Ecology* (pp. 203-222). Cambridge: Cambridge University Press.
- Vonk, J., & MacDonald, S. (2002), "Natural concepts in a juvenile gorilla (*gorilla gorilla gorilla*) at three levels of abstraction". *Journal of the Experimental Analysis Behavior*, 78(3): 315-332.
- Vonk, J., & MacDonald, S. (2004), "Levels of abstraction in orangutan (*Pongo abelii*) categorization". *Journal of Comparative Psychology*, 78(3): 315-332.
- Wright, R. (2007), "Los usos del antropomorfismo". En F. de Waal, *Primates y filósofos. La evolución de la moral del simio al hombre* (pp. 115-130). Barcelona: Paidós.

